

PAGINAS

GUATEMALA
Carta Pastoral del Episcopado
Nº 38

Centro de Estudios y Publicaciones - CEP - Vol. VI - No. 38 - Junio 1981

S/. 300



Notas sobre el campo peruano en 1981

SEPARATA

En busca de los pobres de Jesucristo
Gustavo Gutiérrez

Jorge Alvarez Calderón

Pentecostés: La Iglesia profética nace

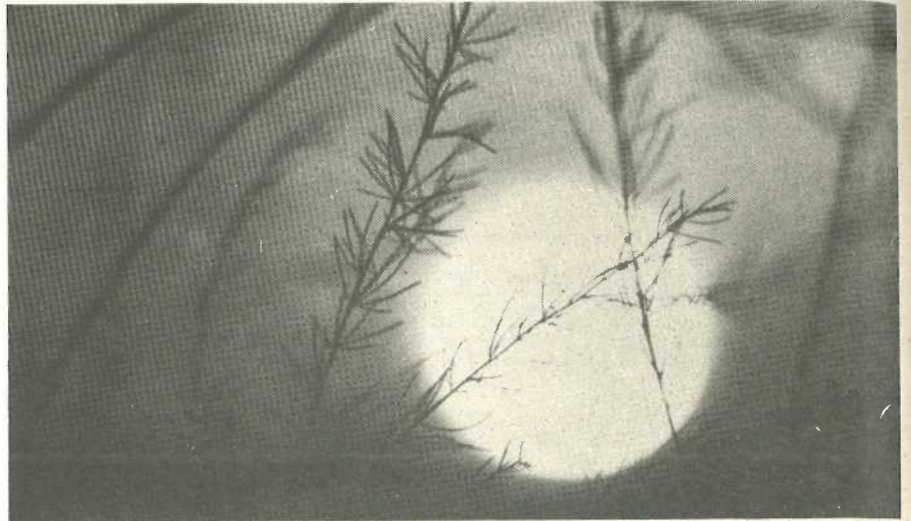
Hechos, cap. 2.

La vitalidad de la iglesia latinoamericana es hoy motivo de interpelación. La fuerza salvadora de los pobres; la profundidad de vida en las comunidades cristianas, el testimonio de sus mártires, son hechos evangelizadores que están teniendo alcance universal. Algo nuevo está naciendo. Y ello es fruto de una experiencia espiritual muy profunda. Desde la fe, podemos afirmarlo con certeza: el Espíritu del Señor está suscitando esta iglesia. Su vitalidad no encuentra cabal explicación desde una mera racionalidad humana. Hay algo más profundo que toca los niveles de la mística.

El inicio de la iglesia, tal como nos lo relata Hechos Cap. 2, se presenta también como un acontecimiento imprevisto, inesperado, que coge a la primera comunidad como una "ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa" y la lanza con la fuerza del fuego a anunciar una novedad a todas las naciones (vv. 2/13). La iglesia no comienza como fruto de un frío razonamiento, ni se constituye a partir de un acto jurídico. Sus inicios se deben a una experiencia muy honda, traducida inmediatamente en dinamismo transformador (v. 4) y en signo de contradicción (v. 13). El autor de los Hechos comprende este acontecimiento como irrupción del Espíritu. Y lo especifica con las imágenes bíblicas que apuntan a la presencia y acción vivificadoras de Dios: el viento que lo llena todo, el fuego que prende en todos los discípulos y se reparte a través de ellos a todo el mundo —el milagro de las lenguas.

La novedad consiste en haber logrado una certeza: Dios no ha dejado a su Hijo en la muerte (v. 24) o, en otras palabras, el Padre se ha manifestado claramente como el Go'el, vindicador de los humildes. El ha intervenido, ha resucitado a Jesús y lo ha constituido en Señor.

Es difícil para nosotros imaginar lo que fue la condenación de Jesús para todos los que en Él habían creído. El Rabí, el "profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo" (Luc. 24, 19) había quedado descalificado. Su práctica estaba totalmente cuestionada; sus seguidores mira-



“ Irrupción del Espíritu, inesperada e inefable como toda acción de Dios; esencialmente dinamizadora también porque es acción del Dios de la Vida, gestor del Reino prometido a los pobres. ”

dos con desconfianza. En los evangelios se nos dice la profunda crisis por la que atravesaron los discípulos. Era el fin de toda esperanza, la frustración total. Más duro aún si se considera que la frustración era sobre todo la de los pobres, de aquellos a quienes la esperanza era social y espiritualmente vedada y para quienes, por un momento, Jesús había sido Buena Nueva.

Desde esta situación de muerte hay que comprender Pentecostés. El texto no se detiene en describir procesos. Hay indicios en otros lugares del N.T. de que lo relatado en los Hechos corresponde al final de un camino bastante largo y doloroso (cfr. textos de las apariciones). Pero lo que el autor parece querer marcar con fuerza es el carácter de experiencia espiritual, trascendente, de lo ocurrido. Por eso la pone como irrupción del Espíritu, inesperada e inefable como toda acción de Dios; esencialmente dinamizadora también porque es acción del Dios de la Vida, gestor del Reino prometido a los pobres.

Sin embargo, es preciso evitar una interpretación espiritualista de Pentecostés. Al contrario, su fuerza está en las

repercusiones que tuvo. Debido a ello el discurso de Pedro es extremadamente polémico. La última frase, en la que resume todo su contenido, en efecto es así: "Sepa pues con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (v. 36). En primer lugar era condenar a los condenadores. La máxima instancia político-religiosa de Israel había en efecto condenado a Jesús como blasfemo. Según ellos, los gestos y las palabras de Jesús era atentatorios contra Dios en la medida que pretendían revelarlo. Pues bien, para Pedro, la Resurrección es la prueba de que el Padre asume precisamente la posición contraria: aprueba la práctica de Jesús como auténtica reveladora de su ser y, al resucitarlo la constituye en criterio de vida. Es un hecho verificador del Magnificat: "derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes" (Lc. 1, 52). De ahí que Pedro insista tanto en que el crucificado es el Resucitado (vv. 23s, 32, 36) y que la resurrección es condenación del Sanhedrín (vv. 23, 35, 36).

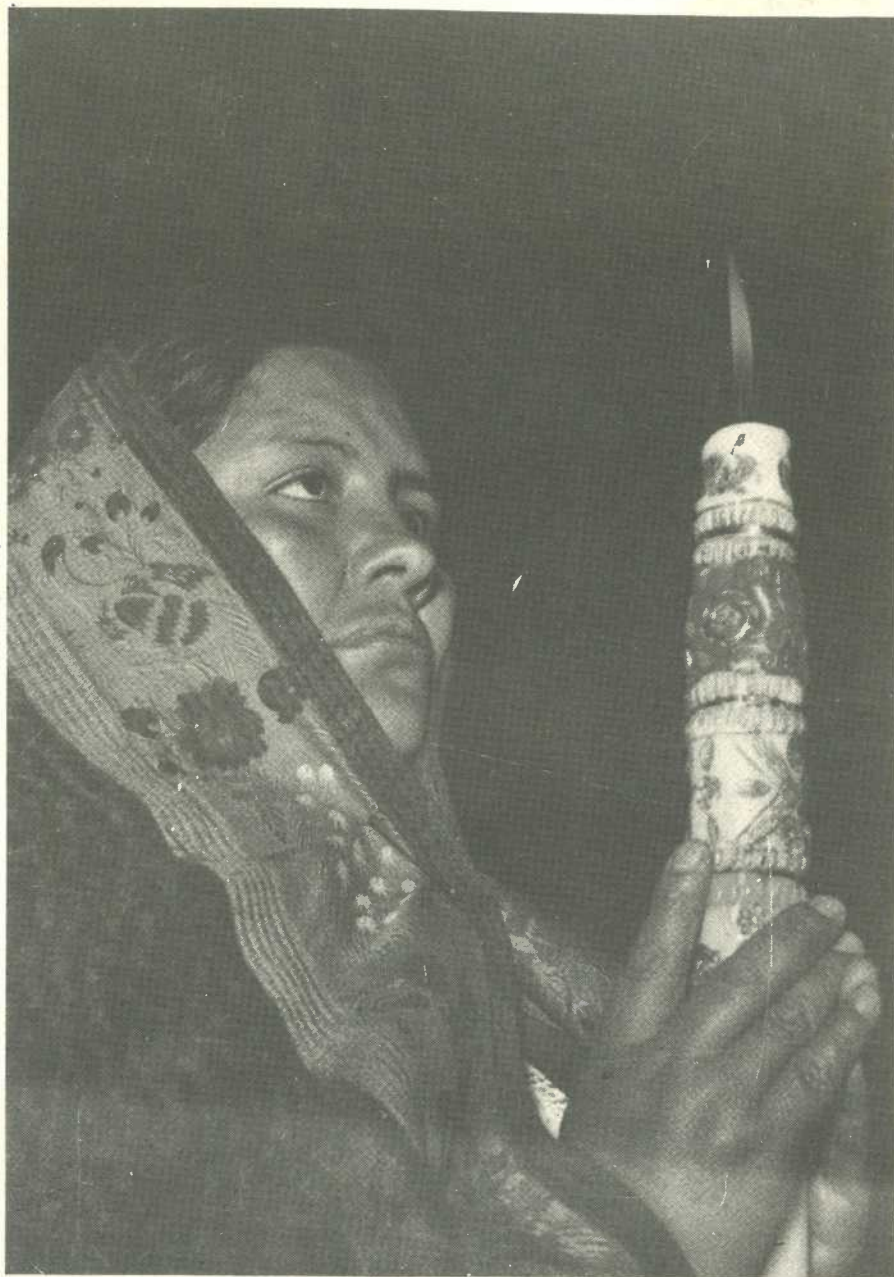
(sigue en la pág. 35)

pero la afirmación de Pedro va más allá. Dice en efecto que el Resucitado Señor y Cristo, es decir, centro de la historia y Mesías. La forma que toma el cristianismo de Hech. 2, es la del germen de la nueva creación hecha realidad con la Resurrección de Jesús. Esta nueva creación, prometida desde tiempo en la tradición bíblica, es ya realidad incipiente y por lo tanto base firme para la esperanza de los pobres y para aquellos que hacen de su vida un seguimiento de Jesús. Pedro, y la primera comunidad en él, descubre que la Resurrección es garantía cierta del Reino para los pobres. De ahí su urgencia para salir y anunciar esa Buena Nueva. Tanto más querida por los pobres cuanto su sufrimiento y desesperanza era mayor con la muerte del Maestro.

Por ello la comunidad eclesial deviene para Pedro en comunidad profética. Así lo dice especialmente recurriendo a la profecía de Joel (vv. 17/21). Este texto es único en el A.T. y bastante raro. Es el único pasaje bíblico donde el fin de profecía se promete a todo el pueblo. Pedro no encuentra mejor referencia que ésta para dar cuenta tanto de la experiencia colectiva de la resurrección como de la seguridad y audacia con que, a través de ella, se sitúa de nuevo en la sociedad de su tiempo. No encuentra mejor referencia que ésta para explicar la necesidad intrínseca de salir a ser testigo de la resurrección ante todos los pobres y todas las naciones. Experiencia de vocación profética desde la experiencia de la resurrección. Todo esto no es sino acción palpable del Espíritu.

Desde ese momento los discípulos han redefinido su fe. Ya no son sólo discípulos. De ahí que, como nos lo indica el texto de la elección de Matías (Hech. 1, 22), el criterio para pertenecer a la comunidad apostólica es doble: seguimiento y testimonio. Seguimiento es práctica; testimonio es referencia a la experiencia espiritual del Resucitado.

Nuestras comunidades cristianas cargadas sobre sí todo el sufrimiento y situación desesperada del pueblo; ellas sin embargo afirman con energía la certeza del futuro: son testimonio de que el Resucitado está por encima de los sembradores de la muerte. Por eso nuestra iglesia, en muchos sectores está teniendo, como la comunidad primitiva, un significado de vida para los pobres y para el mundo. Surge con la vitalidad de Pentecostés.



“ Algo nuevo está naciendo. Y ello es fruto de una experiencia espiritual muy profunda. Desde la fe, podemos afirmarlo con certeza: el Espíritu del Señor está suscitando esta iglesia. Su vitalidad no encuentra cabal explicación desde una racionalidad humana. Hay algo más profundo que toca los niveles de la mística. ”